

El Corazón de Jesús



7 de junio de 2024

Os 11, 1.3-4.8-9

Salmo Is 2

Ef 3, 8-12.14-19

Jn 19, 31-37

P. Eduardo Suanzes, msps

Quiero comenzar esta reflexión con las palabras que en la oración del Prefacio de hoy diremos: «El cual [Jesús] con inmenso amor se entregó por nosotros [...] para que todos los hombres atraídos hacia el corazón abierto del Salvador, pudieran beber siempre, con alegría, de la fuente de la salvación»

Si entendemos «salvación» como plenitud humana, restauración y adecuación de mi vida con el ser imagen de Dios; si la concebimos como mi realización personal en los brazos de Dios, origen y destino de mi existencia, cuyo único sueño sobre mí es el que sea plenamente feliz; si, además, entendemos que la «salvación» es un deseo de Dios que ha realizado y cumplido sobre mí, por Cristo Jesús, en un momento de la historia, pero que me pide entrar, dejarme arrastrar por su dinamismo de plenitud y realización personales, para que el mismo Jesús vaya cada vez más poseyendo mi vida hasta hacerse Señor de ella...Si así lo entendemos, lo que nos dice la oración del Prefacio es que todo eso se encuentra en una fuente de la que hay que beber. Y esa fuente es el Corazón de Jesús abierto.

Una fuente da idea de origen, de plenitud, de realización total, porque calma toda sed, todo deseo, todo anhelo de aquel que se acerque y beba de ella. Una fuente da idea de pureza, transparencia, de aguas claras y limpias que, a su vez, limpian el corazón de amargura y resentimiento, porque su interior es misericordia y remanso de paz. Cuando alguien sediento, que agotado por el camino, aplastado por el sol inmisericorde y abrasador que cae sobre él como plomo fundido, encuentra una fuente de aguas cristalinas y frescas, lo que desea es sumergirse en ellas dejándose poseer, abrazar por ellas. No se le ocurre hacer cálculos, consideraciones de adónde le van a llevar esas aguas puras; no se le ocurre pensar más en el arduo camino que ha recorrido hasta llegar allí, simplemente se deja arrastrar por la misma fuente. Ese es el Corazón abierto de Jesús.

Todo hombre es atraído por el Corazón de Jesús, aunque no lo sepa, aunque no sea consciente de ello, porque todo sediento anhela la fuente. La fuente, la única, la que calma toda sed y deseo es la del amor misericordioso de Dios, del cual Jesús es su Rostro, y que ha quedado representado en ese icono del Corazón abierto.

La Primera Lectura del profeta Óseas nos dice que ese amor de Dios es el de un padre querido y tierno con entrañas de madre. Al oír la lectura uno no pude dejar de pensar en la parábola del hijo pródigo, por un lado, en el que el padre cubre a besos a su hijo querido que ha vuelto a él como a la fuente, sintiéndose, por fin, protegido y a salvo; y, por otro

lado, uno piensa en una madre que acurruca a su pequeño entre sus brazos y le da de comer, inclinándose sobre él, enseñándole poco a poco a caminar, haciéndole sentir que ella estará siempre ahí y que no habrá nunca nada ni nadie que le pueda separar de su amor.

Estas certezas se expresan en el Corazón abierto y traspasado. Abierto y traspasado por amor, del que el mismo Corazón es el horno y que en la Espiritualidad de la Cruz es el centro.

Si se fijan, ¡claro que lo han hecho!, el Corazón de Jesús está en el centro de la Cruz del Apostolado. Pero, ¿por qué en el centro? Pudiera haber estado perfectamente arriba de ella, con el Espíritu, o bajo Él, pero sobre la cruz, como indicando que sobre esa realidad de la cruz grande, que eres tú mismo, el Corazón de Jesús es su fuente y culmen, es lo que tú anhelas y deseas; o pudiera haber estado debajo de la cruz grande, indicando que el amor de Jesús es el sustento y fundamento de la realidad tuya.

Sin embargo está en el centro. ¿Por qué en ese punto? Porque ese punto del centro de la Cruz del Apostolado es el único en que lo vertical es, a la vez, horizontal, y lo horizontal vertical. En ese punto todo lo humano (lo horizontal) y divino (vertical) se confunden. En ese punto está Dios hecho hombre, en el centro de tu realidad. Al ser un Corazón abierto es un Corazón que, a la vez, es una llamada: y la llamada es a entrar, a penetrar en su interior, identificándonos con los sentimientos íntimos de Jesús. Por eso el icono es un corazón, porque con este símbolo nosotros expresamos lo más íntimo de nosotros.

Y cuando hablamos en la Espiritualidad de la Cruz de consolar el Corazón de Jesús ¿qué es lo que se quiere decir? ¿Qué es lo que Jesús espera de nosotros pedirnos consuelo? Todos experimentamos la sensación de consuelo cuando alguien se une a mi vida y comparte mis sentimientos, mis anhelos, mis alegrías y mis dolores. Además, también experimentamos que cuando alguien está junto a nosotros en los momentos dolorosos ese alguien se convierte en íntimo. Consolar, pues el Corazón de Jesús, consiste, pues, en identificar nuestra vida con el proyecto de vida de Jesús; significa tener en la mira de mi corazón los dos amores que Él tiene en el suyo: el Amor al Padre y el amor al hombre. Se trata de dejar que Él realice y continúe en mí mismo la obra salvadora que se propuso realizar al encarnarse: salvar al hombre. ¿Cómo?, haciéndose uno conmigo para amar a través de mí y para morir a través de mí. Cuando yo muero, por amor a Jesús, a mí mismo para dejar que él actúe como Él quiera hacerlo en mí; cuando, sin oposición, con toda pureza, muero a mí para que él ame en mí, en ese momento la Espiritualidad de la Cruz se está haciendo vida en mi vida. La Cadena de Amor no es otra cosa que tener esta actitud vital de consuelo durante todo el día y toda la noche, estando despiertos o dormidos: solo por amor a Jesús. Entrar en el Corazón de Jesús, y vivir en Él, significa ser consuelo de Jesús y su descanso.